

Aun cuando ningún oído lo escuchara

Pablo Espinosa

En *La consagración de la primavera*, Alejo Carpentier traduce así la definición que perfila Johann Wolfgang von Goethe de su personaje La Inquietud:

Aun cuando ningún oído me escuchara
seguirá el sonido de mi voz en tu corazón
soy el compañero eternamente inquieto
que siempre encontramos aunque
[nunca lo busquemos
a la vez acariciado y maldito

El emblema de ese personaje de novela alemana, Fausto, espejado en la novela del escritor cubano, es altamente aplicable a un grupo musical que tiene vida de novela, por las siguientes razones:

* Es el mejor en la historia del hard rock, pero ese crédito se le atribuye, en cambio, a los Rolling Stones.

* Cambió las reglas del juego en la industria de la música, pero ese mérito se destina a The Beatles.

* Impuso el talante meramente artístico de sus obras por encima de su destino comercial: en lugar de canciones, hicieron álbumes como una entidad, pero ese logro se confiere a Pink Floyd.

* Creó nuevas formas de blues a partir de las fuentes originales del viejo género estadounidense, pero se le acusa de plagarios.

* Se le tiene en alta estima por sus logros asombrosos, pero en los hechos permanece arrumbado en un rincón del limbo, que ya ni siquiera existe.

Led Zeppelin, a la vez acariciado y maldito.

La muerte separó a los integrantes de Led Zeppelin en diciembre de 1980 y la muerte los volvió a juntar en diciembre de 2007.

Por eso hoy circula, oh paradoja, el nuevo disco de Led Zeppelin, un grupo que ya

ni siquiera existe: *Celebration Day*, en alusión a esa pieza que es el *track* tercero de su tercer disco: *Led Zeppelin III*, y a su vez nombra el concierto que realizaron en memoria de Ahmet Ertgun, el dueño de Atlantic Records, disquera sin la cual Led Zep no sería lo que fue.

*Celebration Day*es, también, la celebración de la vida. Vuelve a poner en el candelerito la sucia música sublime del eterno retorno.

Suena así una música mística y salvaje en ceremonia iniciática que se renueva cada ciclo lunar: sudan, saltan, exultan los músicos y brincan en consecuencia los escuchas poseídos, devorados por la pasión que forma hoguera.

Es como si *El grito*, aquel óleo del noruego Edvard Munch, cobrara vida y su gesto facial cambiara del pánico al súbito gozo, del terror a la alegría, de la desazón al fulgor de sentirse vivo, saberse flama y ese gesto desde el lienzo nos conduce a un grito mudo que sale de ese hoyo horrendo que tiene en vez de boca y el cuadro de Munch se convierte, por fuerza de esta música tan brutal, demoledora, en un ángel robusto que canta y flota en el aire y nos observa desde arriba: sudamos, esplendemos, gritamos también, lanzamos alaridos de alegría —el cuadro de Munch revertido, multiplicado—.

Ha iniciado el concierto.

Señoras y señores, con ustedes, la mejor banda de rock duro del mundo: Led Zeppelin.

El concierto está contenido en un disco láser DVD: *Celebration Day*, la novedad discográfica que mantiene al mundo en vilo.

Desde su oficina en Londres y a sus 69 años de edad, el señor James Patrick Page administra la abundancia y por eso, bajo

su supervisión, tenemos al alcance de la mano distintas ediciones de *Celebration Day*: desde la versión más modesta, en audio remasterizado, hasta la más lujosa caja que contiene las curiosidades que acostumbran poner los magos de la mercadería: fotografías exclusivas, boletos-facsímiles, memorabilia varia y lo único que importa: la música.

Por eso, ese concierto de reunificación, ese acontecimiento mayor que no tiene igual y no lo tendrá aunque se vuelvan a juntar los mismísimos Rolling Stones, lo podemos ver las veces que queramos, pues está filmado en DVD de alta definición e inclusive una de las versiones de *Celebration Day* consiste en una caja desplegable de cuatro discos, uno de los cuales es un bonus DVD, que contiene la filmación del ensayo.

Así como la del concierto es una obra maestra de dirección fílmica, la sesión de ensayo resulta igualmente atractiva: la cámara nunca se mueve, no realiza emplazamiento alguno, está estaqueada a una distancia larga y produce un efecto bergmaniano.

El espectador es un intruso, pues es sabido que la entrada a ensayos es negada de manera kafkiana por doquier, sobre todo tratándose de un acontecimiento de este calibre.

De *voyeur*, el espectador pasa a la condición de invitado de piedra y luego entra en un estado de éxtasis, clímax y nirvana: al principio, como en todo ensayo, el cantante, Robert Plant, sólo marca sílabas, entradas, zonas, mientras el guitarrista, Jimmy Page, deambula digitalmente por el diapason de su encordado, el bajista, John Paul Jones, subraya los compases y el baterista, Jason, el hijo del finado John el Bonzo Bonham, hace sonar los tambores como cacerolas.

Y así como en el ensayo Bonham junior suena a cacerolazo limpio, Robert Plant de-

muestra dificultades serias para encarar las notas altas. La tensión dramática aumenta con el efecto de distanciamiento brechtiano que produce la cámara inmóvil.

Pero, un momento: éste es un ensayo, es cierto, aunque estos músicos no son de palo. No sólo tienen su corazoncito, sino una hoguera que los consume desde adentro y esto es que avanza el ensayo y llegan a una pieza capital, “In My Time of Dying”, y esto es que Jimmy Page brinca y brinca y brinca y las gotas de sudor se calcinan con las notas musicales que, rayos de Zeus, las atraviesan en el aire provenientes de la guitarra ya para entonces en pleno orgasmo en las manos de don Jaime Página, Jimmy Page.

Saca una armónica don Beto Planta, o Beto Maceta, Robert Plant, la lleva a su boca y ahora sí mece a voluntad las notas altas en “Nobody’s Fault But Mine” y si es cierto que la cámara no se mueve, la dinámica de los acontecimientos lo hace merced a los acercamientos que se proyectan en las pantallas gigantes atrás de los músicos, y logran efectos alucinógenos en el matrimonio imagen-sonido.

Para el concierto en vivo en el auditorio O2 de Londres, solamente hubo lugar

para 18 mil mortales, quienes se sacaron la lotería, pues sus boletos resultaron sorteados de entre los 2 millones, aunque hay quienes aseguran que fueron 20 millones, de personas que participaron en el sorteo de esos boletos a través de la Internet.

Esos afortunados escucharon cómo el piso de ese auditorio colosal se cimbraba bajo la trepidación y el clamor de la estampida de una manada de bisontes en celo, mientras en casa, disfrutando esa grabación en una pantalla de alta definición de gran tamaño y un sistema de bocinas 7.1 de potencia mayúscula, vemos el temblor del frágil pétalo de una orquídea cercana a la ventana, señal de que algo serio está ocurriendo sala adentro, donde:

Lujurea dulcemente la voz del óleo: Nena, nena, ven, te voy a dar cada centímetro de mi amor / gonna give you my love / way down inside, woman.... you need... loooooooveeee / I’m gonna give you my love / I’m gonna give you every inch of my love...

Y entonces los tambores suenan a guerra, baten la baba y la mezclan al sudor y el escucha que había repetido durante décadas la frase “nadie le pega a la bataca como

el Bonzo Bonham” ahora tiene que realizar versión corregida y aumentada: “hay alguien que le pega a la bataca como el Bonzo Bonham: Jason Bonham” y lo corrobora su compañero de alineación rítmica en Led Zeppelin, el bajista John Paul Jones, quien dijo al final del ensayo que en la batería sonaba algo así como la información genética del Bonzo Bonham, pues tocar los tres sobrevivientes Zeppelin con el hijo del finado, parecía, por la manera como sonaba esa batería, que el Bonzo nunca ha dejado de tocar con ellos porque Jason lo hace como si llevara toda la vida con los Zeppelin.

Así ocurrió el mejor concierto de muchas eras, el 10 de diciembre de 2007 en Londres, donde los gladiadores Plant, Page, Jones y el hijo del Bonzo dejaron atrás las veces que se juntaron pero parcialmente, o tocaron poquito, o no sudaron como esta noche y no llegaron al orgasmo como ahora, cuando han demostrado que son lo más sublime y lo más salvaje, lo más sereno y enardecedor, lo más puro y sucio en música, la quintaesencia del arcaico, genuino gineceo magnífico que es la cultura blues.

Música lujuriosa, llena de lascivia, sin falsos pudores ni pose alguna. En los años setenta, los Led Zeppelin causaban todo tipo de emociones encontradas y eso sigue funcionando y explica en parte el porqué son semidioses y al mismo tiempo pordioseros, tan reconocidos pero mirados de soslayo, tan acariciados y tan malditos.

En escena, la figura andrógina de Robert Plant, quien en un desplante mareado de *stardome* se declaró ante la prensa, en los años setenta, como “un dios rubio”, y en realidad no dejaba lugar a dudas ni nada a la imaginación: pantalones de mezclilla hiperentallados que mostraba los promontorios traseros y el delantero con la misma desfachatez de una Pavlova en pleno claro de luna. El torso descubierto mostraba el cabrío pelo en pecho pero como el pantalón lo ceñía muchos centímetros por abajo de la cadera, muy alejado del ombligo, el pelambre rojizo sobre su vientre se ostentaba con claridad como una extensión del vello púbico.

Acariciado y maldito, Led Zeppelin emblemática y pone en lo alto la gran revolución sexual que propició el movimiento hippie, ese hito responsable de más cam-



Led Zeppelin

bios sociales y económicos que lo que muchos siquiera imaginan. Libertad sexual, libertad del cuerpo, libertad del alma, del espíritu. Mentales libres.

Jimmy Page también usaba un chalequito hippie en escena y el torso desnudo, mientras John Paul Jones parecía una de las Hermanitas Mibanco, Maritza y Andrea, aquellos personajes de *Ensalada de Locos*, con El Loco Valdés y Héctor Lechuga, pues a diferencia de las greñas de Page y de Plant, la tersura rubia de la melena de Jones, además de los atuendos entre hippie e isabelino/gótico/renacentista, y esas blusas de seda y empuñaduras de encaje, lo hacían lucir como un varón vestido como dama, hasta que encontró la vestimenta y la forma de soltarse el pelo y nada más.

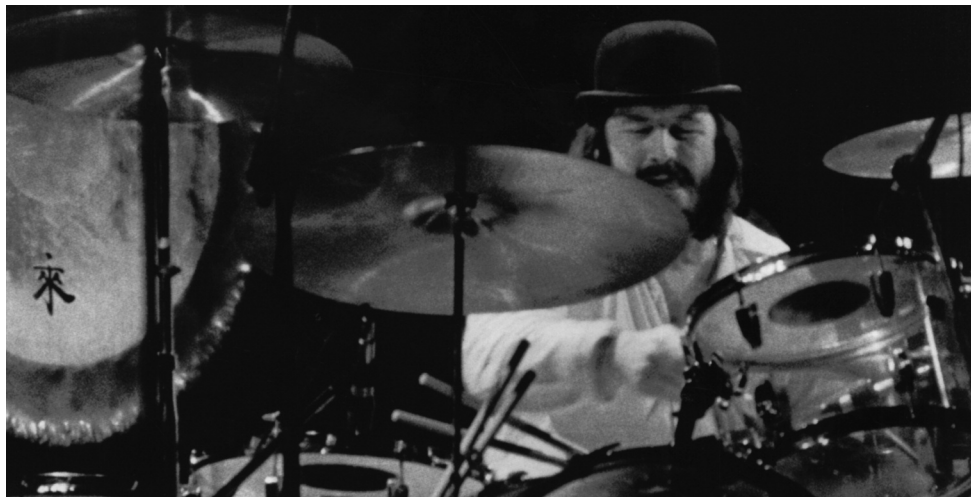
El Bonzo Bonham siempre se coció aparte. Tanto, que se inmoló.

A la distancia y con la perspectiva cultural idiosincrática nuestra, podemos afirmar, luego de intensas y sesudas investigaciones, que murió a consecuencia del muy mexicano Síndrome del Jamaicón.

Veamos: la manera como el *star dome* consumió a los héroes jóvenes, hoy dioses del Olimpo Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison *et al.*, es bastante diferente de la manera como el exceso de fama y fortuna afectó a John Bonham.

Afecto a la bebida y a una serie de manías como la de vestirse igual que Alex, el personaje de *Naranja mecánica*, la novela de Anthony Burgess y luego filme de Stanley Kubrick, en empatía con su corpulencia y estilo bronco y la hiperviolencia de la banda aquella que vestía atuendos níveos y bombines oscuros en el filme kubrickiano; la personalidad de Bonham inspiraba más bien ternura.

No soportaba Bonham tanto tiempo fuera de casa. Extrañaba a su familia, su comida casera, su hogar, de manera semejante a la que el defensa del equipo de fútbol Chivas de Guadalajara de los años sesenta, José Villegas Tavares, conocido como El Jamaicón Villegas, por la sencilla razón de que le gustaba mucho el agua de jamaica, extrañaba el chilito piquín, las chalupitas, la birria y también, según declaró a los reporteros, cuando perdieron por goleada contra la selección inglesa en Londres fue “porque extrañaba mucho a mi madrecita”.



Las giras de Led Zep eran interminables. Daban conciertos de cuatro o cinco horas, lo que dura una ópera de Wagner y a diferencia de los demás grupos, no tocaban en vivo los discos, sino que hacían versiones extensas e intensísimas de las piezas conocidas.

Crearon un concepto impresionante de lo que es un concierto de rock en vivo: un ritual, una ceremonia, el desencadenamiento de una escalera de volcanes que hacen erupción al mismo tiempo y la música explota y vibra por doquier.

Eso ya tenía cansado al Bonzo Bonham y no resistió cuando los otros tres decidieron que ya era demasiado lo que el gobierno británico les expropiaba como impuestos y siguiendo las protestas de Los Beatles “Taxman” y los Rolling Stones (*Exile in Main Street*) se lanzaron en una gira de un año para no seguir pagando impuestos en su patria.

Fue cuando Bonham se disfrazó de Alex, el personaje de *Naranja mecánica*, y su afición a la bebida terminó en lo que el reporte médico diagnosticó como “envenenamiento con alcohol”: la mañana del 23 de septiembre de 1980 desayunó cuatro vodkas y no dejó de tomar durante el día. Fue la primera vez, y la última, que no pudo tocar la batería en tal estado. Lo llevaron a su cama y a la mañana siguiente lo hallaron muerto.

La de Led Zeppelin transcurrió en el exceso que una vida de conciertos implica de manera natural. Pero si esos conciertos son de blues y de una música preñada de lascivia, pues el exceso se volvía tautológico. Los críticos musicales de la época de

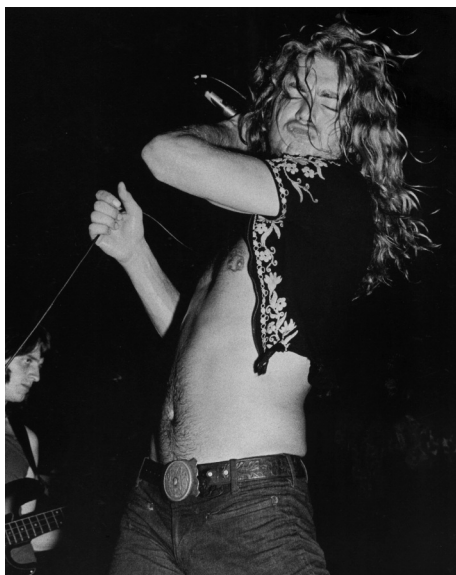
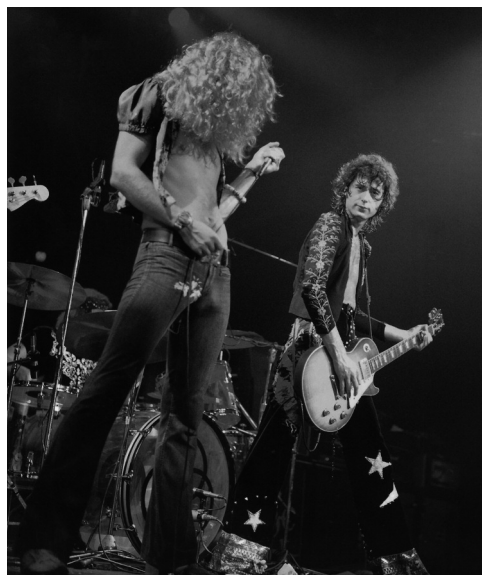
plano catalogaron la de Led Zeppelin como *cock rock music* por sus claras intensidades sexuales, por su presencia felina, sensual, abiertamente erótica en escena, por la lascivia de su música que el propio Robert Plant definió así: “somos como un grupo de encuentro sexual a la primera cita”.

Canta por ejemplo Robert Plant así la pieza “Perro negro”: hey, hey, mama, me encanta cómo te mueves / te voy a hacer sudar / te voy a hacer gozar / ah, ah, nena, me encanta cómo mueves aquellito / lo voy a inflamar todito / en un piquete / hey hey, baby, cuando caminas así como lo haces / te veo gotear dulcemente y no te suelto ya / hey baby, oh baby, pretty baby / ¿ahora cómo me lo quieres hacer? / hey baby, oh baby, pretty baby / muévemelo mientras me haces así, tan rico.

En los años setenta eso era demasiado para las buenas conciencias. En representación subliminal de los valores morales, los críticos musicales asumieron sin que nadie se los pidiera y sin que ellos siquiera se dieran cuenta, un linchamiento moral disfrazado de crítica musical.

Les dijeron entonces plagarios, obscenos, lascivos, hippies, autores de *pot music* (música de mariguana) entre otras linduras, pero donde acertaron siempre fue en el silencio, en no hacerles caso, en no hablar de ellos, o en todo caso acusarlos de plagarios y hacer escándalos y hablar de sus excesos con las drogas. Pero sobre todo les molestaba el talento, el poderío artístico de un blues tocado por blancos de clase media.

El crítico Kris Needs reconoce: “necesitábamos un enemigo cuando apareció el



género de música punk y Led Zeppelin era el blanco perfecto”.

No solamente sobrevivieron a la euforia del movimiento punk, también derrotaron al glam, al new wave y a muchos movimientos que así como llegaron se fueron. La música de Zeppelin aguantó los vendavales firme en su raíz recia: el blues y con la claridad que concibió Jimmy Page cuando fundó este grupo: crear un sonido nuevo de la misma forma como se lo propusieron y lograron en su momento Edgar Varese, Karlheinz Stockhausen y otros grandes revolucionarios.

Jimmy Page, acariciado y maldito, es el mejor guitarrista de rock en la historia, pero esa categoría se le concede a Eric Clapton y se derrama a Jeff Beck (los tres desfilaron en el grupo Yardbirds).

Sí, por supuesto, Jimi Hendrix es el non plus ultra y ni siquiera hace falta compararlo con nadie. Porque Jimi Hendrix es Zeus y nadie le discute supremacía, no tiene parangón, nadie le llega ni al talón de Aquiles que lo mató: el *stardome* que lo hizo ahogarse, joven y bello, en su propio vómito, exactamente de la misma manera como murió El Bonzo Bonham.

El otro Jimmy, James Patrick Page, inventó la mímica que repiten los demás guitarristas de rock, pero él añade mudras y eleva el brazo derecho alargando las notas en una danza sublime. De hecho es costumbre de cronopios hacer esa mímica que todos hemos hecho o hacemos (no se hagan, bien que los han visto) cuando suena su guitarra y nos llevamos la mano dere-

cha al vientre y en la izquierda sostenemos la nuca invisible de la hermosa guitarra imaginaria y que en la realidad es una bella Gibson EDS-1275 *double necked*, de su invención: doce cuerdas en un mástil y seis en el de abajo, que estrenó el 5 de marzo de 1971 en Belfast, para tocar “Stairway to Heaven”, ese hito que es un himno y que es en realidad una microópera con un libreto que brinda los elementos suficientes para la imaginación y la mitología.

Como todo héroe del Olimpo musical, Led Zeppelin no ha sido nunca ajeno a los mitos. La inclinación tenaz y casi mórbida de Jimmy Page por la persona y la obra de Edward Alexander Crowley (1875-1947), quien firmó y pasó a la oscura posteridad obras de culto de ocultismo como Aleister Crowley, renombrado místico, mago, ocultista fundador de la corriente religioso-filosófica Thelema, miembro de la organización esotérica Hermetic Order of the Golden Dawn, y apodado Frater Perdurabo y también La Gran Bestia. De hecho, John Bonham cambió su apodo en 1973, quiso dejar de ser El Bonzo para que lo llamaran La Bestia.

La pasión de Jimmy Page por Crowley lo hizo amasar una impresionante colección de libros, manuscritos y efectos personales de Crowley, inclusive compró la casa donde vivió el ocultista en el Lago Ness (ya de por sí plagado de leyendas como la del tal Monstruo del Lago Ness, tiernamente llamado Nessie) y allí se fue a vivir y allí filmó aquellas escenas de risa loca que quieren ser “sublimes” del filme *The Song*

Remains the Same y eso introdujo un efecto entre macabro y oculto en la relación Page-Plant e inclusive con la disolución del grupo, que por cierto adoptó para cada uno de ellos un símbolo conformado por círculos y figuras geométricas de significado personal y místico. La carga esotérica se volvió parte fundamental del grupo. Y su karma.

Sucede que mientras vacacionaba en Grecia, Robert Plant tuvo un serio accidente automovilístico con el que vio de cerca la muerte; él y su esposa resultaron muy lastimados y la gira de conciertos tuvo que suspenderse varios meses. A ese episodio, que Plant luego leería como un aviso, sucedió la tragedia: ya habían reanudado su gira cuando tuvo que retornar a casa súbitamente: su hijo Karac, de 6 años de edad, contrajo un virus raro y murió fulminado en horas.

Plant culpó de inmediato a Page de lo ocurrido, atribuyó a sus extrañas prácticas de ocultismo que el mal farío se ensañara con su entorno. La pregunta es: ¿qué vio Plant, amigo íntimo inseparable de Page, hacer al guitarrista y que ignoramos los demás?

Durante una entrevista más o menos reciente, Plant recuerda aquellos años de excesos como una aventura riesgosa de la cual salieron vivos todos menos uno, Bonham: “creí que seríamos castigados, pero no fue así”.

Al término del concierto de la reunificación, el 10 de diciembre de 2007, declaró: “me siento en la Luna”. Y el tiempo que medió entre la separación, 32 años atrás y el momento de la nueva gloria, le pareció “como si hubiera despertado luego de una rica siesta”.

Volvió a cantar entonces “In My Time of Dying” con ese dramatismo que siempre le ha inyectado, como si fuera el *Requiem* de Mozart lo que está cantando y volvió a formar un dúo de cuerdas, su órgano vocal y las cuerdas de la guitarra de su pareja musical Jimmy Page en llamado y respuesta en el centelleo de la guitarra penetrando su zona de falsete agudo donde, como apunta Alex Ross, el crítico de música del *New Yorker*, “se llaman a gritos uno a otro, como caminantes perdidos en medio de un paisaje desolado”.

Led Zep está de regreso porque nunca se ha ido. Es más, ni siquiera existe.

Tan acariciado y maldito. **U**